

El espectáculo de las montañas¹

John Sallis Dobbiaco (Toblach)

Südtirol, 22 de julio de 2003

¿Qué le ofrecen las montañas a una visión que ha sido abierta por la imaginación? ¿Qué es lo que de los picos alpinos seduce los sentidos, de tal manera que arroba la visión mientras que a la vez la dispone en un profundo reposo? ¿Cómo es que estas inmóviles masas de piedra energizan inmediatamente la visión al máximo y la llevan a descansar silenciosamente en el espectáculo, inhibiendo las palabras que, de otra manera, iniciarían la labor de traducción? ¿Cómo es que tanta gente se cautiva inmediatamente por el espectáculo, como si quedara estupefacta ante él? ¿Qué es lo que evoca la contemplación intensa, silenciosa, atemorizada? ¿Qué es lo que la visión es intimada a aprehender en la contemplación de semejante espectáculo?

No se trata sólo de que la altura sea evocativa. El cielo también está en lo alto, ciertamente de tal manera como para determinar el sentido mismo de la altura; y, sin embargo, la visión evocada por el cielo es bastante diferente a la provocada por el espectáculo de la montaña. Mientras que el cielo ofrece pura altura e ilimitado alejamiento, las montañas elevan algo a las alturas; o, más bien, llevan a las alturas un elemento que pertenece a un orden completamente diferente del alejamiento y que consecuentemente, como tal, no ha de ser llevado a las alturas. Lo distintivo de las montañas es que ellas llevan a las alturas precisamente aquello que, por otra parte, proporciona el fundamento para todas las cosas. Las montañas llevan a las alturas aquello que subyace a todas las cosas tan absolutamente que todo fundar y todo asentar lo presupone. Llevan la tierra a las alturas, tierra que es preeminentemente piedra; y en verdad son las montañas justamente tierra alzada, piedra alzada hacia los cielos.

La altura es decisiva en el sentido en que invierte el orden habitual. Como es aprehendido habitualmente, el elemento de la tierra no sólo está debajo de todas las cosas, subyaciéndolas, sino que incluso define el sentido mismo del subyacer; ciertamente es uno de los dos polos por los que el sentido de la direccionalidad arriba-abajo se define para los humanos, quienes vivimos sobre la tierra, irguiéndonos desde ella mientras alzamos nuestra visión hacia los cielos, instituyendo una metafórica que prepara y determina toda otra metafórica. En las montañas este elemento, que usualmente se encuentra subyaciendo, se vuelve ascensional. Alzándose hacia el cielo, los picos alcanzan la región del brillante aire superior que los antiguos llamaban éter. La altura hacia esta región superior se confirma visualmente en tanto que las nubes se van formando a su alrededor o flotan lentamente a través de ellas. Entonces, la inversión es, en primer lugar, una alteración de la región desde un extremo hacia el otro, desde la tierra como lo que subyace, como lo que está allí debajo, hacia la tierra como lo que se extiende hasta la región superior. En la medida

1 Tomado de John Sallis, *Topographies*, Indiana University Press, Bloomington and Indianapolis, 2006, pp. 119–123. Traducción de Carlos Eduardo Sanabria B., profesor del Departamento de Humanidades, de la Universidad Jorge Tadeo Lozano. El traductor agradece al Profesor Sallis su amable autorización para traducir y publicar este texto.

en que el carácter pesante y subyacente es propio de la tierra, la inversión llevada a cabo por las montañas pone al elemento de la tierra en una cierta oposición consigo mismo. Sin embargo, la inversión es también un trastrocamiento de la relación entre la tierra y las cosas. A pesar de que éstas yacían sobre la tierra o cerca de su superficie, todas las cosas, con la inversión, llegan a yacer debajo de los picos de la montaña. Ciertamente, hay varios grados dependiendo de la extensión de la altura. Sobre las faldas bajas donde aún se encuentran árboles y otra vegetación, el grado es menor: pues el elemento terrestre no sobrepasa aún a las cosas enteramente, sino que continúa subyaciendo a aquellas cosas que se elevan hacia la altura misma. Pero los desnudos picos rocosos que se alzan sobre la línea de los árboles son más ascensionales: encumbrándose sobre todas las cosas, despliegan la inversión de manera más poderosa y son más tentadoras para la visión. Si, como sucede aquí en los Dolomitas, los picos toman la forma de cañones claveteados, astillados de piedra, la inversión es incluso más poderosamente expuesta en tanto que el elemento terrestre abandona aun más decisivamente su carácter subyacente, soportante.

Es esta inversión, ciertamente la fuerza de esta inversión, la que puede aprehenderse en el espectáculo de las montañas. Y es esta fuerza la que da fuerza a la aprehensión misma. No es necesario pensar sobre este trastrocamiento para que éste nos cautive; tampoco es necesario que éste se reconozca como tal o que se conceptualice. El espectáculo energiza la aprehensión; ésta es continuamente reanimada hasta tal extremo que la visión excede a la aprehensión, pero sin llegar a convertirse en algo distinto. Ante tal espectáculo no se trata ni de la aprehensión inmediata ni de la observación continua, sino más bien de un demorarse ante lo que continúa interpelando a la visión.

Relevados enteramente del carácter de soporte —que, por otra parte, es definitorio de la tierra—, los picos que se encumbran adquieren una cierta extrañeza; se vuelven remotos respecto a todas las cosas que pertenecen a lo cotidiano, a todas las ocupaciones de la vida humana. Ellos perduran en su identidad; perduran a la distancia, remotos, retirados de todos los acontecimientos del mundo humano allá abajo.

Nada es más evocador para la imaginación que un elemento que simultáneamente se despliega a sí mismo de manera visible y que, sin embargo, permanece completamente remoto, encubriendo sus secretos a la visión, reservándolos para el juego de la imaginación

Con la llegada de una tormenta eléctrica, todos los elementos se reunieron, y todo lo que es elemental en las montañas llegó a acentuarse y confirmarse. A medida que el trueno retumbaba y hacía eco de una montaña a otra, su carácter espacial era impresionante. A diferencia de los sonidos supuestamente puros en su encierro o de los sonidos que señalan acontecimientos en lo cotidiano, aquí en las montañas nunca podría suponerse que el sonido fuera primordialmente temporal más que espacial, que su resonar ocurriese a lo largo de un intervalo temporal más que espacial. El tiempo durante el que suena el trueno es inseparable del espacio en que suena. El sonar del trueno —el sonar que es el trueno, porque él no es nada más sino el sonar— se extiende temporalmente sólo en tanto que retumba y hace eco a través del espacio de las montañas. El sonar sigue los contornos de las montañas, pero sin reproducir de ninguna manera esa configuración. Precisamente por esta razón, el sonar del trueno y ciertamente la vista y el sonido de la tormenta como tal eran más poderosos aquí en los Dolomitas que en los valles al norte (como en Münstertal, en la Selva Negra), que están rodeados no por picos rocosos, puntiagudos, sino por cuestas menos verticales cubiertas de árboles.

A medida que se acercaba la tormenta, la lluvia podía verse en la distancia. Mucho antes de que llegara en realidad, el aire húmedo y frío anunciaba su proximidad, y afinaba de nuevo casi todos los sentidos. La lluvia apareció como un velo sobre el espectáculo de las montañas, primero más transparente, luego volviéndose más densa a medida que se acercaba y finalmente lo abarcaba todo.